

CUALQUIER COSA, MENOS QUIETOS

UNIVERSO CENTRO

Número 11. Abril de 2010 – Distribucion gratuita – www.universocentro.com



“Los bares son una patica de gallina en el rostro de la ciudad”

José Libardo Porras

En esta edición de UC, escuchándonos en el aniversario de El Guanábano (20 años formando juventudes dice, y con razón, su estandarte), damos otra vuelta, volvemos a insistir, en el tema del disfrute del centro de Medellín, pues siguen oyéndose voces que quisieran un centro que de noche se acostara a dormir para levantarse temprano a trabajar, con ciudadanos de bien que no se detienen en los bares y se persignan ante un mínimo bareto. Gente que cree que todos debemos obedecer una cartilla de comportamiento que las buenas costumbres inventaron; las buenas costumbres de ellos, entre las que, desde hace tiempo se comprobó, hay muchas malucas costumbres: aburridoras y capadoras.

Nos interesa solo, por el momento, hablar del respeto por la manera en que cada quien vive su vida (siempre y cuando no se la dañe a otro, es justo aclarar permanentemente).

Los bares, las tomadas de trago, la manera de rumbiar siempre han estado aparejadas con la discusión. ¿Qué tanto tomar? ¿Qué tanto mezclar? ¿A qué horas? ¿Qué hacer prendido? ¿Cómo evitar que se enojen los que no toman ni rumbean?

Dejemos ahí, que seguramente el tema volverá, y rematemos con lo que pasó hace tiempo en este nuestro país cuando se la montaron a “el vicio de la chicha”.



Este libro, publicado en 1950 y escrito por el Ministro de Higiene del gobierno de Mariano Ospina Pérez, dice en sus solapas: la chicha “es un vicio colombiano que venía causando enormes perjuicios al pueblo desde siglos... sus proyecciones alcanzaban el nivel de un delito nacional”.

“Por fin, en 1948, se pudo dar el golpe de gracia a tan fatídica costumbre (ley 34 de ese año)... quedaron descubiertos los enormes estragos que venían causando las fermentadas, el grado de degeneración humana hasta producir la muerte y la tara transmitida por la herencia que sufrían los descendientes de los envidiados. También la enorme cifra de delitos y hechos de sangre que se cometían bajo los efectos de la chicha y el guarapo”.

En las primeras páginas, el ministro Bejarano apalanca sus ideas sanitarias con, ni más ni menos, un texto de Simón Bolívar: “Estoy asombrado de lo que ha ocurrido en esta población: en menos de cuatro días hemos perdido de la División Valdés más de cincuenta hombres. Ya más de cien han ido al hospital, de los cuales se aumenta diariamente el número de los que mueren, como por el resultado de las diligencias que se han practicado, y denuncias de algunos españoles y otros individuos del ejército, casi estoy convencido de que este vecindario puso en ejecución el inicuo procedimiento de envenenar nuestras tropas con chicha, pero afortunadamente no las hemos perdido todas”.

Tenemos que anotar que Bejarano, gran perseguidor del *chichismo* (como él mismo nombró a esa peste), escribió también *Los problemas de la raza* y *La influencia del vestido en la salud y la personalidad humanas*, entre otras obras.

La derrota de un vicio —Origen e historia de la chicha— puede bajarse gratis por internet desde el portal de la BLAA y de otros. No hay disculpa para no instruirse.



Claro que es cierto que la chicha no era muy limpia. “En 1948 se tomaron 15 muestras de sendas fábricas y mostraron los mismos pavoricos resultados de la presencia de ptomaína (principio tóxico de la chicha, que ingerido continuamente lleva a la degeneración, según concluyó el médico Liborio Zerda en 1889). Era a las claras un veneno para el pueblo”, dice el experto Óscar Gerardo Ramos en su estudio *Avatares de la Chicha* y agrega: “... el gluten de maíz sometido por largo tiempo a un medio húmedo genera la descomposición pútrida, lo que puede ocurrir fácilmente en las chicherías”.

«¿Por qué perdió auge la chicha? Durante su gobierno, Mariano Ospina Pérez, presidente de Colombia de 1946 a 1950, de partido conservador, tuvo que enfrentar la insurrección política llamada El Bogotazo, generada por el asesinato del dirigente liberal Jorge Eliécer Gaitán; este último fue sorprendido en repetidas ocasiones visitando este barrio (La Perseverancia), “jugando tejo y tomando chicha”. Es de impor-

tancia recalcar que en este barrio eran en su mayoría partidarios del Liberalismo, ya que este era el partido político de la clase obrera... A la muerte de Gaitán, en La Perse se hizo en su honor una plaza conmemorativa, emplazando allí un busto de este personaje, recalcando la posición del barrio como liberal... hacia 1948, el ministro de higiene, doctor Jorge Bejarano, encontró en el evento del 9 de Abril la excusa perfecta para relegar esta bebida a la cultura subalterna del barrio, a la ilegalidad, aseverando que la chicha, fue la culpable de la sublevación de los liberales. Además la influencia política de la Cervecería Alemana Bavaria para obtener el monopolio de la fabricación de bebidas alcohólicas agilizó la caída de esta bebida», se lee en un documento del Departamento de Historia de la Universidad Nacional escrito por José Ricardo Pulido Gómez y exóticamente titulado *La chicha en la vida y la relación de una madre y su hija*.

Y es mejor no seguir alegando porque...



						
4 Bar-cel-ona	6 Algo sobre el Bicentenario	8 Emborra-chémonos	12 Barquillo	15 Museo, cerdos e iglesia	16 Estilario	19 Bolívar Simón

Síndrome de abstinencia

Pascual Gaviria

“Todas las cantinas de la ciudad fueron cerradas a la media noche”. Con ese titular tenebroso abrió el diario El Correo su primera página el martes 8 de septiembre de 1959. Los dueños de las cantinas, bares, heladerías, cafés, grilles y demás centros de esparcimiento de alcoholes habían decidido tirar la reja y declarar la huelga general. La ciudad quedaba en manos de las iglesias y la buena voluntad de algún vecino que ofreciera las copas de su escaparate. Un acuerdo del Concejo sobre el uso de los tocadiscos fue el culpable de ese premio repentino y fugaz para la liga de la templanza.

Quién sabe dónde se reunían los cabildantes en aquellos tiempos. Con seguridad en algún bar cercano al antiguo Palacio Municipal. El caso es que la reunión terminó con un Acuerdo que intentaba arrebatar unas monedas a las pianolas: “Los aparatos musicales de establecimientos exclusivamente diurnos, de 20 a 40 pesos, por cada unidad. Los aparatos musicales de establecimientos exclusivamente nocturnos, de 40 a 70 pesos, por cada unidad”. Y como la plaga de la música extranjera se estaba tomando el corazón de los antioqueños, se estableció cobrar la mitad a los “aparatos musicales” que ofrecieran solo “bambucos, pasillos, guabinas, bundes, joropos, galrones, torbellinos, marchas y danzas”.

Pero eso no era todo. Los cantineros además de tacaños con el erario eran bullosos hasta el pecado. Se decretó entonces el destierro de las infernales pianolas: “No se permitirá el funcionamiento ni diurno ni nocturno de aparatos musicales en establecimientos situados a doscientos (200) metros, o menos, de iglesias, capillas, seminarios, escuelas, fábricas, casas de beneficencia, reformatorios, hospitales, cementerios, clínicas y similares”. Se agradece que no mencionaran a las academias de historia. Hace 50 años Medellín se manejaba bajo las reglas de una modesta copropiedad: “Ningún aparato receptor, transmisor o reproductor de sonido podrá funcionar en la ciudad sino a volumen moderado, que no perturbe la tranquilidad de los vecinos”.

Los señores detrás del mostrador no estaban dispuestos a soportar el silencio. No era una huelga de textiles, ni de profesores, ni de burócratas. Era un asunto serio. Algunos cantineros de los extramuros, con alcohol y música propia, se reían de la historia: “Cómo así que un Acuerdo... Nosotros no hemos llegado a ningún acuerdo”. Atendían con gusto a sus nuevos clientes empujados hacia los bares menos reconocidos. Los oficinistas celebraban las novedosas aventuras en los confines de la ciudad, las posibilidades que entregaban las fondas más oscuras, más sórdidas y más baratas. Se dice que funcionaban unas 200 cantinas de puertas para adentro. Recuérdese que cantina es sinónimo de sótano. Pero los dueños de los cafés y los grilles de renombre no se quedaron quietos. Se dedicaron a limpiar las cagarrutas y el polvo de sus



Una fenomenal gresca se suscitó ayer en uno de los cafés del centro de la ciudad —Junín con la Avenida Primero de Mayo—. Se trata de una de las habituales riñas dominicales, producidas siempre por motivos baladísticos. El fotógrafo acertó a pasar en el momento preciso en que los agentes de policía, con la voz y con el gesto, daban el grito de “Alto a la pelea”. (Foto Molano)

Fotos Diario El Correo. 1959.

salones y a garantizar que el paro fuera respetado. Habían cerrado el grifo y no querían esquirolas.

Según El Correo el lenguaje de los huelguistas no incluía sutilezas: “Camiones llenos de dirigentes cantineros recorrieron los principales sectores donde funcionan cafés, bares, heladerías, etc... en las horas de la noche y obtuvieron el cierre... Las amenazas se referían principalmente a dinamitar los locales de cantinas que siguieran funcionando”. La Secretaría de Gobierno calculaba en 3.000 el número de cantinas y similares en la ciudad. Las noticias dicen que se cerraron hasta las puertas infames de las zonas de tolerancia.

Para quienes no tenían el milagro de un amigo con el bar surtido o las agallas suficientes para beber por las esquinas había algunas posibilidades. La cartelera de cine anunciaba al “príncipe de Bagdad y la legión extranjera: Aladino”. Y los más refinados podían buscar consuelo con una ópera familiar basada en el diario de Ana Frank. Pero la gente soñaba con los bailes en el grill La 45, la murga de El Tambo de Aná, las tardes de ron en el Café Zoratama o las noches largas en El Jardín de la Cerveza. No se podía echar una moneda al piano para oír Cosita linda, recién grabada por Nat King Cole, ni para bailar El tira y jala del Negrito Barrios o La rosa de los vientos de Julio Ramírez. Y si uno quería llorar con un bolero, con Lo llaman pecado, por ejemplo, pues tenía que tararearlo.

Los cantineros marchaban frente a la Gobernación exigiendo que se archivara el Acuerdo que intentaba convertir a Medellín en una sala de espera. Mientras tanto la ciudad fumaba cigarrillos Hidalgo y se comía las uñas. El Correo resumía el ambiente citando el comentario general que rodaba por

diendo al propietario y varias mujeres que allí había”. Dos días después de decretado el paro la policía entregaba la lista de asistencia a sus calabozos: “Desafueros por el paro de cantineros. 110 detenidos. Solo 3 cantineros. Los demás: vagos, rateros, homosexuales, menores de edad y antisociales en general”. Los murmullos dejaron oír rumores de un ataque a la Plaza de Cisneros. Una requisa en las esquinas cercanas revela el arsenal barriobajero de la época: “cuatro revólveres, una pistola, ciento cincuenta y ocho puñales y dos machetes”.

Luego de 4 días de sequía algunos bares comenzaron a abrir bajo protección policial. Dos gendarmes en la puerta cuidaban el buen beber de los ciudadanos de bien. El presidente Alberto Lleras hacía de amigable componedor entre los cantineros y los concejales. Escribió una carta para la asociación de comerciantes comprometiéndose a enviar a un funcionario del despacho de fomento en busca de un arreglo. Firmaba con entonado acento: “Servidor y compatriota, A. Lleras”. Salud.

Poco a poco el Concejo y el Alcalde entendieron que era preferible una ciudad estridente y algo mareada a una villa neurótica y recelosa. Además, usar la fuerza pública para garantizar el derecho de los aguardienteros de oficio era una ociosidad. Así que el alcalde reglamentó el Acuerdo intentando suavizar el celo alcabalero y el oído quisquilloso. Y el Concejo habló de una posible revisión.

Por su parte, los cantineros amigos del paro y la dinamita notaron que sus búhos de todas las noches se estaban acostumbrando a otros rincones, son-sacados por una copa más larga y los refranes sobre el amigo incondicional. Después de dos semanas todos habían cedido para que los pianos volvieran a ser la razón del llanto y el consuelo de los borrachos. Las cantinas estaban más limpias que nunca, las meseras más generosas que siempre y el aguardiente había conservado sus virtudes. Alcalde y concejales celebraron la paz cantinera con un “Cocktailailable” a cargo de los Teen Agers en el Club Unión. ¡Qué suene el cabaret!, fue la consigna de la noche. UC



El sueño, prólogo de la sorpresa al recibir la cuenta. .

**La gente que ahorra con paciencia
y gasta con parsimonia,
es gente que sabe...
es gente de
CONFIAR**

Porque el futuro es confiar




Seguro de **DEPOSITO**
Seguro para su ahorro
Valor máximo asegurado: \$3.000.000
Información en: www.fogacooop.gov.co

Línea Confiable: 444 10 20
www.confiar.coop



**¿Qué le propones a
los candidatos y candidatas
a la presidencia para generar
trabajo decente?**

Envía tu propuesta al correo electrónico
trabajodecente@ens.org.co o al fax: 512 23 30
Estas serán publicadas en la página web de
la campaña y en nuestra página en Facebook

<http://www.trabajodecente.org.co>
facebook **Facebook: Trabajo Decente**
twitter **Twitter.com/trabajodecente**

Trabajo Decente
Vida Digna
Colombia

**NÚMERO
64**

De venta en la Librería Palinuro

DEPRISA
Y bien hecho

SERVIENTREGA
Es entrega segura

FedEx
Federal Express

ADPOSTAL

**Su correspondencia y carga liviana
A... TODAS PARTES**
Calle 50 No.46-36 Local 105 Ed. Furatena PBX: 251 83 43 Medellín

SUPERRAPIDO

CRIOLLOS, MESTIZOS, PUTAS Y ALGO SOBRE EL BICENTENARIO

Líderman Vásquez



Ilustración: Tobías

El conquistador, que en la larga travesía de Europa a tierras desconocidas debió acudir al pajazo, pues las mujeres se quedaron en España, no estaba dispuesto, una vez pisó tierra firme, a seguir los pasos de Onán. Se apropió del oro y de las indias. Un simple soldado podía ser propietario de cincuenta nativas con las que calmaba sus ardores. Como era propietario podía venderlas a otros soldados y obtener beneficio económico. Estaban tan encoñados con las indias que se olvidaron de sus esposas y novias, y éstas, desesperadas, empezaron a quejarse ante las autoridades. Mientras tanto, las indias parían mestizos y mesticitas. Como se las intercambiaban o simplemente las dejaban de usar, una nativa terminaba pariendo hijos de varios españoles. La ciudad colonial fue en sus inicios ciudad de mujeres, de indias amancebadas con el colonizador. Los frailes aconsejaban a los españoles que se casaran con las nativas pero no aceptaban, mientras tanto, los casados postergaban cada día la llegada de sus esposas e hijos.

Primero fueron los mestizos. Cuando esposas, novias, hermanas, primas, sobrinas y cuñadas desembarcaron, se instalaron, se preñaron, nacieron los criollos. Por ser hijos naturales, los mestizos no tenían derechos, eran ciudadanos de segunda categoría y estaban destinados a la servidumbre. Una mestiza bonita, agraciada, veía en el criollo la posibilidad de mejor vida. El amor venal disimulado: me das y te abro las piernas. En otras palabras, el criollo tenía entrada libre en la vagina de la mestiza. Los criollos, una minoría, representaban el poder, la riqueza, y tenían la mirada del colonizador: miraban al mestizo como inferior. La agraciada Manuela, en la novela de Eugenio Díaz, es la historia de las mestizas que veían en el criollo rico y educado la posibilidad de mejor vida.

Así, las hijas naturales tenían dos posibilidades: la servidumbre (forma velada de la prostitución) o ser abiertamente putas, ejercer el oficio. La costumbre era que la sirvienta debía dárselo al señor o a los vástagos del señor, a quienes iniciaba sexualmente. Como estas historias terminaban siempre mal, con un hijo de por medio, la muchacha era arrojada a la calle, donde ejercía el oficio. En la novela de García Márquez, Crónica de una muerte anun-

ciada, Divina Flor, la hija de la sirvienta, está destinada al lecho de Santiago Nasar de la misma manera que su madre, Victoria Guzmán, lo estuvo al de Ibrahim Nasar, padre de Santiago. Era la costumbre.

Al oficializarse la prostitución las mestizas fueron abiertamente putas. Para diferenciarlas de las putas criollas, les prohibieron el uso de zapatos. Las descalzas, como se las llamaba, eran agraciadas y se hicieron putas cuando servían en una casa principal. Si fuera posible extender las ramas de nuestro árbol genealógico hasta el siglo dieciocho encontraríamos que nuestra remota tátara-tátara abuela era una descalza.

Los mestizos, los desheredados, los sin padre, se alzaron contra el poder español en la rebelión de los comuneros, siguieron al coronel Aureliano Buendía, sufrieron amarga frustración y desencanto cuando asesinaron a su líder Jorge Eliécer Gai-

tán, un mestizo elocuente, de ideas progresistas, odiado por las élites conservadoras y liberales.

Muy pocas cosas han cambiado. Dieciséis años después del triunfo independentista (magnificado en los libros de texto y enseñado por maestros parlantes, casi loros), por las calles de Bogotá vagaban cojos de guerra, mendigos, soldados sin oficio, putas, delincuentes, militares triunfantes, extranjeros en busca de fortuna y criollos mamando de la teta del Estado. En el primer centenario de vida independiente el general Uribe Uribe, también odiado por las élites conservadoras y liberales, decía que en Colombia todo estaba por hacer. Hoy, doscientos años después, el panorama es aterrador: fosas comunes, desplazados, terratenientes triunfantes, militares triunfantes, traquetos, delincuentes en todos los estratos sociales y extranjeros en busca de droga, de sexo bueno y barato. ¿Qué piensan festejar? UC

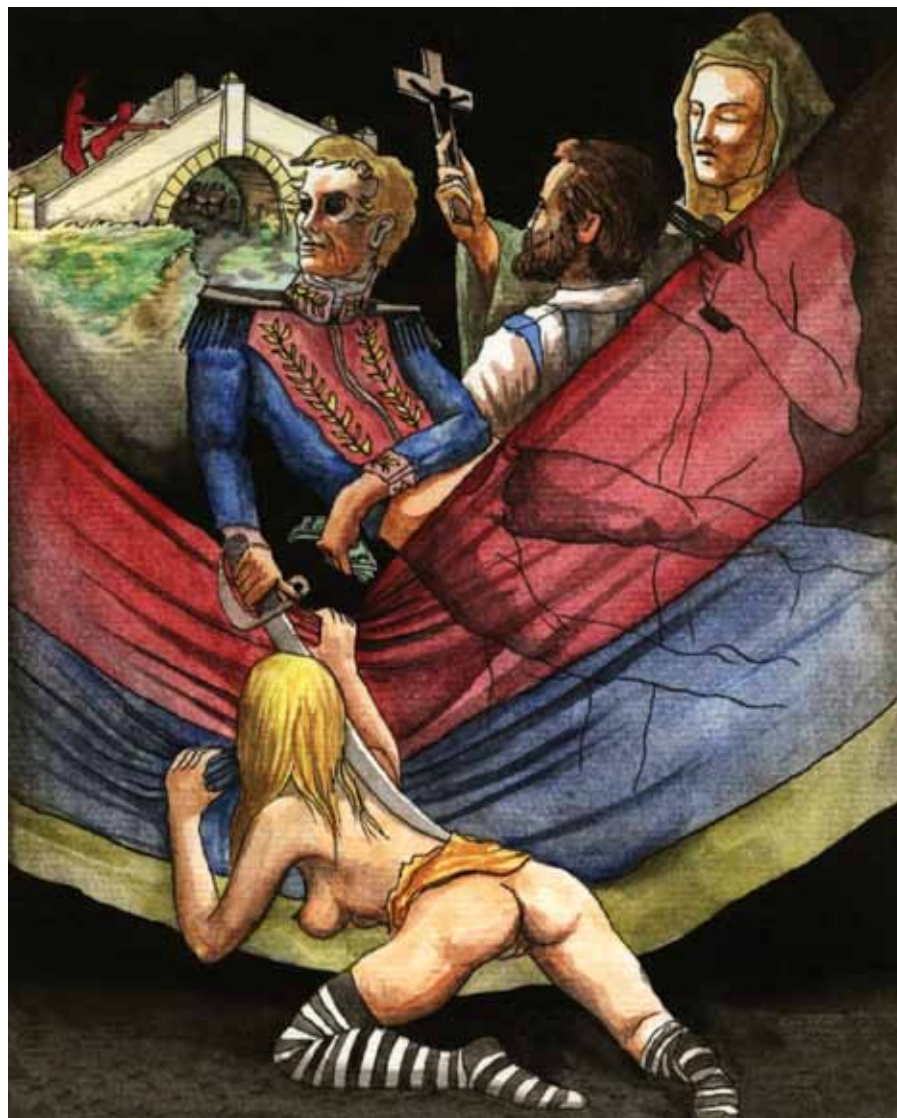


Ilustración: Tobías

EN EL FONDO DEL BAR

Fernando Mora Meléndez

Irse de copas por los bares de ficción puede depararle a un lector común una sobria experiencia, en la que no necesita ni plata ni compañía, tan sólo las ganas de leer sin moderación. Las solapas del libro harán las veces de puertas batientes y una vez dentro se topará con las criaturas que Raymond Chandler, Joseph Roth o Bukowski crearon tal vez en un delirium tremens: lo más eximio de la especie humana que ha ido a refugiarse desde los tiempos de Platón a su caverna favorita. Allí le brindarán con una pola su ingreso en la logia solitaria de la barra, copas de simpatía, cocteles de historias, y un destilado de filosofía en sus variadas presentaciones. El papel puede con todo, incluso con las cantinas de Guayaquil que aún abren hasta tarde en las páginas de Mejía Vallejo y en las del otro Vallejo, el del Fuego Secreto. El tema daría para una tesis doctoral en Lovaina como la que proponía el sanguíneo R. H. Moreno-Durán: “La influencia de la copera en la literatura colombiana”.

Aunque no faltará quién tilde el asunto del bar como trasnochado, me gustaría empinar el codo por una novela que tiene la gracia de ocurrir en El Suave, un local de la carrera Bolívar, con ritmo afrocubano, y escenario variopinto que retumba, a todo timbal, en las líneas de Con el pucho de la vida, la novela de León Valencia.

Las doce mesas que lo componen y el pasillo, que a veces es pista, andan bajo la tutela de los cantantes de salsa que inmortalizan las paredes. En él se dan cita, aunque no previa, los personajes: estudiantes de medicina, combatientes de una guerrilla urbana, una niña bien en busca del submundo, un traficante de armas, el barman y varios despechados. Todos ellos deambulan por una Medellín que aún conserva algo de los viejos aires provincianos de antaño, pero que ha trastocado casi del todo su paisaje urbano. Al menos, de eso se lamenta el protagonista, un tal Baldini, que a la postre se convierte en un reportero que investiga una serie de suicidios, cuyas razones y efectos van tejiendo la trama de una historia que hurga la memoria de los ochenta y logra recobrar, entre otras cosas, los restos de la fiesta.

Mientras vive en París, Baldini encuentra una nota en Le Monde donde informan que una estudiante colombiana, Martha Echavarría, ha muerto en extrañas circunstancias, al sur de la ciudad. En sus pesquisas le entregan una carta de la occisa en la que cuenta sus razones para terminar con su vida, y pide además que el escrito sea remitido a sus amigos de un bar de Medellín. El hombre decide viajar a la ciudad de su infancia a cumplir la última voluntad de la muchacha. Pero mientras resuelve a quién revelar la nota, descubre a la gente del Suave, entre ellos a Rami-

ro, un policía de Seguridad y Control, quien del mismo modo que el periodista, no parece perseguir gente sino historias. A él también le inquietan otros suicidios que han salido a la luz y ahora parecen contagiar a nuevos adeptos. De las treinta y cinco cartas que dejan estos autores póstumos se encuentra que la muerte voluntaria, en veintiocho de ellas, tiene que ver con el amor. El pretexto de la investigación le sirve incluso al propio Baldini para involucrarse con La Chiqui, otra estudiante que prefiere mover el esqueleto a estudiar anatomía. Ella es una especie de Amparo Arrebato que se bate en duelo con una pareja caleña, en franca discordia por la afirmación de que en Medellín sólo se baila el chucuchucu del Loco Quintero. La Chiqui insiste en la necesidad de “compartir una noche de son para que los tambores nos despierten los rincones eróticos que aún tenemos dormidos”. Ella inaugura la presencia femenina en los bares de salsa del centro como La Bahía y El Oro de Munich. Sus incursiones en estos sitios ponen en ascuas al novio que una vez cree de modo errado que ella anda en malos pasos y lleva el malentendido hacia un destinito fatal. Ahora, la misma Chiqui lleva a Baldini de la mano como una Beatriz a Dante por los círculos del fuego antillano. En medio de la descarga de los cueros y el trompeteo, hasta los activistas se olvidan de la política o declinan sus poses. El propio Che Guevara y Lenin lucen en unas pinturas con la alegría de dos soneros más, como si hubieran olvidado por un momento sus gestos mesiánicos y fueran a cantar un guaguancó. De hecho, el policía no se resiste a confesar su ingreso en la cofradía: “Yo llegué a este lugar, dijo Ramiro, con otro policía. Nos habían enviado para mirar y establecer si había drogas y armas y llevar un informe que permitiera venir luego con una patrulla para capturar a los comprometidos. Pero los apresados fuimos nosotros. Sobre todo mi amigo, que a las dos cervezas estaba bailando y a medianoche me había hecho prometer que no diría nada de lo que viera en el bar. Se lo robó el furor de este sitio. Él me decía que cuando entró aquí sintió como mil caballos galopando, como si un ventarrón lo sacudiera. Yo también empecé a sentir lo mismo poco después, cuando mataron a un compañero al tratar de frustrar un asalto bancario. Vine para oír a Daniel Santos, que tanto le gustaba, y a llorar por él y percibí esa fuerza que mi amigo sentía, pero también me di cuenta de que, muy atrás de la euforia, la gente del bar escondía las angustias y las frustraciones de la vida de afuera”.

Si los personajes de esta novela pensarán que la vida es un carnaval no se la tomarían tan en serio como para acabar con la suya propia. Los embrollos del corazón terminan por enredarlos mucho más que las conspiraciones

políticas y las acciones de insurrección armada que el propio escritor, León Valencia, conoció de primera mano en el ELN, antes de firmar el acuerdo de paz del 94. Uno de estos seres, el Negro, termina inmiscuido con un comando guerrillero, no porque crea en los ideales revolucionarios del cura Camilo Torres sino porque quiere liberar de una cárcel a su tormento del alma, Manuelita. Así en la novela pasamos del claroscuro de la rumba al adiós de los muchachos que se van para la guerra. En uno de los apartes, el Negro se pregunta por la “extraña ambigüedad ante un grupo que por un lado utiliza la feroz violencia para buscar sus objetivos y por el otro practicaba una solidaridad que nunca había visto en el mundo. ¿Cómo transformar a una parte de los seres humanos en enemigos? ¿Cómo olvidar los ojos, el rostro y la sonrisa de un hombre y convertirlo en una abstracción política susceptible de agresión?”.

Pero son otras batallas, las del amor, las que diezman el reparto. Si en El Banquete, Fedón se burla de Orfeo, “débil juglar”, por no tener el coraje de matarse por amor y penetrar vivo en el Submundo, los personajes de Valencia recorren su infierno sin dejar de azotar un rato la baldosa antes del final, con el ritmo de fondo de Maelo: “Déjenme irme que es muy tarde ya”. Y aunque el autor cite a Camus, cuando dice que el único problema filosófico serio es el suicidio, a sus personajes no se les puede quitar lo bailado. Otros suicidas por amor como Werther, que se sepa, nunca lo intentaron.

El reportero Baldini si bien nunca pudo convencer a sus editores de publicar su reportaje sobre “las extrañas muertes”, descubre un Medellín secreto en el que la camaradería se expresa regalando viejos discos de la Fania; donde los fantasmas de los suicidas siguen a sus novias hasta el altar; y una niña de clase alta huye de su estrato para refugiarse, con otras moscas de bar, en los misterios del Caribe.

Mientras otras novelas muestran a los bares sólo como antros de perdición y son estos los escenarios de la pesadumbre y el desasosiego, Con el pucho de la vida no busca bañar al lector en lágrimas ni mucho menos en ron. No es una visión quejosa de un mundo perdido. Tampoco muestra la vida como un calvario de culpa y sufrimiento. Es neutra y sobria en su estilo. Mientras que en El Remordimiento, Fernando González recuerda con lamento los calzoncitos de Tony, a la que nunca poseyó, Baldini le pide a la Chiqui que le regale los suyos como recuerdo de las amadas sensaciones vividas hace poco. Entonces ella le propone un trato en la mesa del Suave: Serán suyos si esa noche pueden lograr un estremecimiento aún más intenso que la noche inaugural. **UC**



Por los 20 años del Guanábano

EMBORRACHÉMONOS MU



Guillermo Cardona

“Emborrachémonos muchachos”, decía Luis Fernando Upegui y sus correligionarios literalmente se bebían esas palabras hasta que la borrachera se convirtió en sacramento. Un sacramento diario. Que exigía además un enorme sacrificio. No es tan fácil. Se requiere cierta vocación de mártir para recibir sin desesperarse cada nuevo día enguayabado.

Pero eso era lo que les gustaba. Andar la calle de noche en el centro, emborracharse, espolvorearse un poco la nariz y botar corriente, hasta que los echaban de todas partes.

La farra podía comenzar en la tienda de don Lao, al frente del Sinfonía, donde por lo general no se quedaban mucho. Porque cerraban más temprano y porque don Lao sufría mal de san vito y se empeñaba en atenderlos personalmente y entre el mostrador y la mesa, el aguardiente llegaba medio.

Entonces seguían unas veces por Sucre hacia el Viejo Baúl, otras por La Playa hacia El Tropezón, el Jurídico o La Arteria; otras bajaban por Bolivia y cerca a Palacé se quedaban un rato en El Serenata. Pero a donde fueran invariablemente los echaban poco antes de las doce de la noche y de donde estuvieran les tocaba ir a rematar. Donde las águilas se atreven, pero hasta de allá los echaban, porque los amigos del Mono Upegui querían seguir bebiendo y hablando mierda y en los 80 en Medellín pasar bueno estaba prohibido por los curas, los editorialistas de El Colombiano, los militares, los policías, los papás,

los agentes del malhadado Departamento de Orden Ciudadano –DOC– y buena parte de los vecinos de la parroquia. Si en estos tiempos de globalización, Internet y posmodernismo todavía joden como joden ¿cómo sería entonces?

De manera que la galladita terminaba siempre empujando el codo en las calles y en los parques o se refugiaba en la casa de Gloria la Monita Uribe, atendiendo la inocente necesidad de seguir bebiendo.

Quienes hayan caminado la noche por el centro de Medellín, seguramente ya sabrán que además del Mono Upegui y la Mona Uribe, esta cofradía tenía entre sus más eximios devotos a Francisco Guillermo Trujillo, Trujó; a Jhon Jaramillo y Jose Mesa.

Y de arriba abajo por estas calles de Medellín que entonces todavía no eran tan peligrosas, a este think tank de borrachitos se le ocurrió la idea genial de montar un bar, abrir una taberna, volverse dueños de una cantina. Siendo dueños del rancho –se decían–, al menos por un tiempo nadie podría echarlos y habría trago y ocasión de alargar la rumba cuanto les diera la gana.

Así fue como nació El Guanábano.

GATO CON LONGANIZA

El mito cuenta que una noche, la última noche en que funcionó La Arteria, poco antes de que convirtieran aquella casa de estilo republicano en un ordinario parqueadero, nuestra noble cofradía se vino a rematar al Parque del Periodista y entre copa y pase vieron un local pintado de amarillo, donde hasta hacía poco había funcionado hasta que quebró El pollo farsante. Y en la puerta, como una invitación etílica, el letrero de SE ARRIENDA.

Pero no hay tal. Hay algo de verdad en esa historia, pero fue antes de que se acabara La Arteria y después de mucho tiempo de andar con la ventolera de montar una cantina y por decirlo así, independizarse como tomatragos, cuando en el mismo parque y en la misma acera vieron el letrero y el Mono Upegui vio la ocasión de concretar el sueño. De seguro el Mono les dijo “emborrachémonos muchachos” y se fueron a celebrar a alguna parte, mas lo cierto es que la deci-

sión estaba tomada desde hacía rato y nuestro intrépido equipo de beodos se puso manos a la obra.

Al otro día no sé si madrugaron mucho pero se levantaron con los arrestos suficientes para fundar ante la Cámara de Comercio la sociedad “Gato con longaniza”, nombre seleccionado por una gentil sugerencia de Trujó, a quien le cabía la plena seguridad de que un bar administrado por alcohólicos duraría tanto como el minino de marras. Y está bien que así sea todavía, pues dada la reputación de sus socios, nada como un gato amarrado con longaniza para ser el representante legal de este sui generis lugar de diversión.

Con esa razón social pasaron los papeles y de fiadores quedaron la mamá del Mono y Juan Botellas, un hermano de Jhon y se sentaron a esperar, supongo mientras bebían. Pero nadie llamaba. Cada tanto iban a espiar en el parque, a ver si es que ya habían ocupado el local, pero no. Allí seguía el letrero y la Mona Uribe cada que pasaba lo arrancaba, no fuera que alguien más se antojara y les robara la idea.

Hasta que un día el dios Baco o algún ángel caído los socorrió y en la agencia resolvieron firmar contrato.

–Era un hueco horrible –recuerda la Mona–, pero tan pronto nos entregaron las llaves pa acá nos vinimos.

–A barrer y a hacer aseo –le pregunté, inocente.

–Nosotros qué íbamos a barrer. ¡Nos emborrachamos!

Dada la reputación de sus socios, nada como un gato amarrado con longaniza para ser el representante legal de este sui generis lugar de diversión.

LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE EL GUANÁBANO

El chuzo tenía cielo raso, papel de colgadura y la mugre acumulada de varias generaciones de pollos farsantes, pero estaba en el centro, frente a un pequeño jardín que a comienzos del siglo XX era un referente local por un guanábano que durante varias décadas identificó el parque de Girardot con Maracaibo, mucho antes de la llegada de don Manuel del Socorro Rodríguez a sus predios.

El Guanábano, como la tienda de abarrotes que por años funcionó donde ahora está el edificio Santa Teresita. Allí vendían carne, grano, frutas, legumbres y por supuesto guaro.

–¿Cuánto tardaron entre la entrega del local, los arreglos y la apertura?

–Esto no lo hemos terminado de arreglar –responde la Monita–. Y en eso el bar no me falla: siempre hay algo que



está mal. O se daña el equipo de sonido o aparece una gotera en el techo o se acaba el trago. Y siempre, cada noche, hay alguno que no paga. Y otra cosa que no falta: un gato. Hubo dos Ñauricios que bebían con los clientes y desde hace tiempo por este bar anda su verdadera dueña, Gatiana, que está por cumplir 18.

El Guanábano. Y así se quedó. Y con ese nombre abrieron un martes 17 de abril de 1990 y desde ese mismo día el parque y el sector cambiaron para bien o para mal y para siempre.

Para algunos –los curas, los editorialistas de El Colombiano, los militares, los policías, los papás y buena parte de los vecinos de la parroquia– fue por culpa de El Guanábano pero no hay tal.

LA NARCO GUERRA DE LOS EXTRADITABLES

Recién en Colombia salíamos de varios intentos de cese al fuego con la guerrilla, tiempos en los cuales el combate no disminuyó ni un ápice, pues mientras más repetían presidentes y ministros que las tropas oficiales no bombardearían el proceso, con más ganas los generales y la oficialidad se pasaban por la faja las órdenes de sus comandantes civiles y aumentaban la presión estratégica sobre los frentes guerrilleros y continuaban la persecución de las columnas en los distintos teatros de operaciones. Y mientras más aseguraban los jefes del secretariado de las Farc y del comando central del ELN que ellos repudiaban el secuestro y la extorsión, pues más duros se ponían los jefes de finanzas de frentes y columnas con los empresarios y hacendados que vacunaban y con los oligarcas que habían tenido la desgracia de caer en sus garras. Por encima de la mesa todo sonrisas y buenos modales y por debajo todos frunciendo garabato y haciéndose pistola. Y por sobre militares y guerrilleros —que



Julio Pinilla y la Monita en los 20 años del bar

MUCHACHOS

Estas páginas en memoria de Luis Fernando el Mono Upegui y Francisco Guillermo Trujillo, Trujo, dos de los fundadores de El Guanábano, que hoy deben seguir tomando trago en otras dimensiones.

El Mono Upegui y Trujo, fueron dos artistas de la plástica y las letras que se gastaron todo su genio en la vida y nos legaron como obra un bar sin parangón, un epicentro de dignidad en pleno corazón de Medellín, donde confluyen por igual los habitantes de Otrabanda y el Poblado, de Enciso, La Toma, Buenos Aires, Manrique y los barrios Populares.



El Mono Upegui celebra el primer año en 1991

se disputaban a fuerza de bellaquerías el honor de representar el bando de los buenos— como otra bestia desatada, se fue encumbrando el fantasma de la guerra que le declararon al universo mundo Pablo Escobar y su extraditables, una confrontación de proporciones faraónicas para un propósito tan irrisorio y con una disculpa tan pendeja, una imbecilidad condenada al fracaso que adquirió visos de hecatombe y que oscureció la vida en Medellín por muchos años y que aún hoy se cierne como una sombra negra en nuestra historia, nebulosa y errática, cubriendo con su manto de impunidad un insultante y farragoso catálogo de infamias.

En ese contexto de guerra y confrontación nació El Guanábano y ese simple punto de encuentro de amigos que abrieron un chuzo para beber tranquilos, se convirtió por arte de birlibirlique en el sitio de moda en Medellín en los 90, en parte porque se acabaron La Arteria y El Tropezón, El Jurídico y el Serenata, en parte porque mientras el resto de la ciudad se hundía en los tremedales de las masacres y las bombas, el Parque del Periodista se convirtió en un pequeño remanso de respeto y tolerancia, donde cada quien podía ser y expresarse sin cortapisas, descontando los baculazos de los curas y de los editoriales de El Colombiano y la asechanza siempre omnisciente de la policía que nunca falta a la hora de acabar la diversión por intento de sospecha.

Sin embargo, y pese a que ni en los momentos más duros de la narco-guerra El Guanábano cerró sus puertas, nunca fueron objetivo de los locos de todas las pelambres que andaban armados por Medellín, rezumando odio y disparando con regadera.

Solamente una vez un tipo entró al bar, saco un arma y disparó al aire. Pero los clientes ni se inmutaron. Lo miraron feo y al hombre le tocó irse.

En otra ocasión llegaron varios camiones del Ejército y todo un pelotón de soldados acordonó el lugar. Los militares se quedaron varias horas, mirando. Hasta que se aburrieron y se fueron con su música para otra parte.

El Guanábano era por demás un lugar diferente a cualquier otro rumbiadero de Medellín, donde la barra (armada sobre andamios con comino cespado de demolición) podía encontrarse al fondo, a un lado o en la puerta, donde ni las sillas ni las mesas eran iguales, porque eran traídas de las casas de los socios o prestadas por los amigos.

El Mono Upegui se encargó de estar permanentemente cambiando el decorado y desde entonces El Guanábano ha sido lienzo para el arte efímero, para el graffiti y la libre expresión de artistas y beodos.

PONGÁMONOS SERIOS

—¿Cómo era la administración del negocio?

—Nadie administraba —responde la Monita.

—Pero tuvieron tiempos de vender millones en un fin de semana. ¿Qué hicieron esa plata?

—Nos la bebimos.

John Jaramillo asegura que esa plata además se fue en paseos, en los tenis Adidas que se permitían los socios cada tanto, en los restaurantes finos a donde iban cuando cumplían años, y en otros vicios. Al fin de cuentas, jamás estuvieron interesados en esa manía paisa de hacer negocio y jamás creyeron que fueran a durar tanto.

—Lo único que crece en las finanzas del Guanábano es la cartera, que está echa con cuero de culebra. Ahí está mi patrimonio —dice la Monita.

Pero entonces, cuando muchos vecinos prefirieron montar tabernas en los alrededores para atender los clientes que no cabían, nadie reparaba en gastos, ni en las invitaciones a los amigos, ni en quién se encargaba de cuál trabajo.

Lo importante era no joder a nadie. Por ahí se veían encuentros de hombre con hombre, mujer con mujer, tríos y otras agrupaciones, pero nadie se molestaba.

Claro que una que otra vez, pese a la firme disposición de no echar los clientes por petardos que fueran, siempre aparecían borrachos que joden mucho y a la Monita le tocaba desterrarlos.

Como a los personajes de cierta revista literaria que cogieron El Guanábano de parche y que después de unos pocos vodkas ya estaban hablando a gritos y quebrando vasos, tumbando mesas y tocándoles la nalga a las muchachas. Toco echarlos. La Mona lo resume con una frase contundente:

—La poesía es una chimba pero los poetas son la cagada.

En El Guanábano no se le para bolas a nadie y la consigna es que cada quien puede rascarse las pulgas como a bien plazca.

UNA VISIÓN EN PERSPECTIVA

Desde entonces ha corrido mucho trago. La pequeña ciudad bucólica de eterna primavera se transformó en una urbe calurosa, caótica y congestionada, la vieja moral católica apenas sobrevivió como escapulario para atajar las balas o como Virgen para afinarle la puntería a los sicarios y de esa Medellín de casas bajas y guayacanes no quedó ni el tierro. Aquí no hay casa o edificio de la colonia o el siglo XIX que perdure, todo se demuele, para darle paso al renovado mal gusto de los paisas, representado en calles estrechas, sin zonas verdes, donde los únicos que tiene derecho de tránsito son los carros.

Hoy, cuando no están ni el Mono Upegui ni Trujo (que se fueron a beber a un bar del Más Allá), El Guanábano mantiene firme su vocación por el respeto y la tolerancia, porque en El Guanábano no se le para bolas a nadie y la consigna es que cada quien puede rascarse las pulgas como a bien plazca.

Y después de tres generaciones que han pasado por sus mesas y sus orinales heredados al teatro María Victoria, sigue inmune a la depresión, con la dignidad intacta y, quien lo creyera, con una hoja de vida empresarial sin manchas ni tachones. El único cierre que ha tenido fue por un montaje de la misma tomba que metió a las malas a una muchachita y los acusó de venderle trago a menores, pero la chica resultó ser una estudiante del Colombo Americano, hija de un alto oficial del Ejército, y una vez le hicieron el examen de alcoholemia se comprobó que estaba fresca como una lechuga.

De resto, en estos veinte años, por

El Guanábano han desfilado fotógrafos, escritores, comediantes, teatreros, pintores, músicos, pero a la Monita no le gusta citar nombres.

—Yo aquí he conseguido muy buenos amigos y los quiero mucho. Pero esos personajes del arte y la farándula francamente me resbalan —dice.

Como le resbalaban los requiebros de un tal Juan Esteban Aristizábal o como la tiene sin cuidado que El Guanábano sea un referente internacional de la ciudad que ha aparecido hasta en National Geographic. Pero no se trata de un referente como el edificio Coltejer o el Pueblito Paisa, no; más bien como un fenómeno urbano que representa a esa otra Medellín noctámbula y vibrante, auténticamente multicultural y multiétnica, hecha de exóticas tribus y raras cofradías, un bar sin parangón a cuyas puertas, como en los buenos tiempos de Trujo, el Mono y sus amigos, hoy muchos otros podemos decir sin ruborizarnos: “emborrachémonos muchachos”. 



John



Elsa, recordada cantinera



CUALQUIER COSA, MENOS QUIETOS
CENTROSERVINI



Gimnastas



Jaime Espinel

Víctor Bustamante

Extraño el destino de Jaime Espinel. No le bastó haber sido el mejor cuentista de su generación, y el más radical de los nadaístas actuales, sino que su obra pasó por la vida literaria del país como si no hubiera existido y como si el hecho de haber pertenecido a ese grupo hubiera bastado para sumirlo en la desgracia de haberlo dejado de lado y sólo se recobraría su obra cuando existieran algunos cumpleaños de ese grupo. En el mismo seno del nadaísmo nunca fue una presencia sino alguien al margen más que cualquiera de ellos. Y esto en parte a su estadía en Estados Unidos en la época de más beligerancia y creatividad de ellos. Algunas vez en la década del 70, recién llegado de su viaje a Usa, me decía, “los nada son los nada”, con lo que daba a entender que era algo lejano a ellos. Jaime siempre estuvo alejado de Eduardo Escobar, a quien le cuestionaba su posición política. Y era extraña esa relación, casi de vasallaje, con Jotamario, a quien admiraba por su humor y su sagacidad. “Jota es Jota”, decía, pero lo más extraño, es que Jaime nunca se preocupó por difundir su propia obra. Me daba la impresión de que no era sabedor de su talento. Ya que en el nadaísmo sólo sobresalían los poetas así fueran de dudosa reputación.

Jaime inició desde sus primeros cuentos una mirada y un fervor por Medellín, en un momento de cambio de una mentalidad del trabajo al proceso de una generación donde las mafias y el continuo amor al “aura

sacra fames” persistirla desde las bandas de los sicarios de Manrique, lo cual daría desarrollo a la posterior serie de cuentos, novelas y cine negro sobre Medellín. Pero en Jaime existía lo palpable, él vivió desde el fondo esa nueva actitud, y no como muchos escritores que vendrían después a hacer turismo con la fatalidad de la actual literatura de sicarios.

En su literatura existe un ámbito y una preocupación: la muerte. Alguna vez le preguntaba sobre esa obsesión y él afirmaba: “No es obsesión, es una locura, terquedad. Es una vaina más o menos conciente. Nosotros somos una cultura de la muerte, de suicidas, y la literatura tiene tres temas el amor, la vida y la muerte yo siempre toco el amor y la vida y a la vez la muerte; porque la muerte es la decisión final del vivir, es lo imprescindible, lo inevitable, pero no es una maldición de nosotros en nuestra cultura”.

Mantén una utopía: encontrar el lugar de nacimiento de Pancho Villa en Antioquia y escribir una novela sobre él.

De él aún perdura su grata conversación, su amistad, su humor y la presencia de Medellín que como ninguno narró.

Desdeñó el mundo literario, y a su vez fue desalojado de ese falso universo de la veleidad y el falso prestigio. Siempre sabíamos que Jaime Espinel estaba ahí. Tanta literatura que nos dio y nada le dimos. Con su muerte desaparece la radicalidad del grupo nadaísta. **UC**

Barquillo (por aquí pocos le decían nombre y apellido) se pasaba unos ratos largos en Palinuro, tintiando, pescando en libros y comentando de todo. Sabíamos que andaba enfermo, que a veces se ponía muy mal y que por eso se perdía durante semanas, pero nunca hablábamos de eso tan peliagudo —creíamos que sus dolencias eran la razón para que anduviera siempre con unos sacos inmensos de lana gruesa tejida, en rebelde desafío a los solazos—. Un día le mostramos el periódico. Lo leyó con calma. Lo comentó con precisión. Y para regocijo de nosotros nos prometió un artículo. Llegó hace un mes con un cidí: “Esto lo tenía por ahí. Lo escribí hace tiempo”. Hoy lo publicamos y nos hubiera gustado ver qué cara ponía cuando lo tuviera entre sus ojos. Además publicamos las palabras de dos que lo conocieron y hablaron con él e imaginamos que se rieron con sus bien contadas historias, esas historias que ya nos quedaremos sin saber qué tanta verdad respiraban, pues tenía Barquillo fama de ir hilando imaginación en todo lo que hacía. Sí, tenía la capacidad de encarretar con literatura y conversa. Era uno de los nuestros... y sigue siéndolo.

Para la marea alta donde reposarán sus cenizas

Gabriel Jaime Caro - Gajaka

Conocí a Jaime Espinel, llamado “barquillo” lejos de su presencia, hace muchos años cuando daba conferencias sobre el Nadaísmo, y yo le cuestionaba esa pasión con la lista de jugadores del DIM, como algo más importante, por allá en 1980 en el antiguo Museo de Zea. Me parece que el Nadaísmo con su radicalismo frente a lo godo y católico, no ha dejado de ser una provocación a veces sin sentido sino con inquina, desprecio hasta del otro ahí a su lado pagando hasta las cuentas remotas. Algo asqueroso si se mira ahora entre los bastidores un poco pesados, aunque no deja de aparecer por ahí un peso gallo, imitando esta altanería. Me gustaba ese delirio de Jaime Espinel que se las sabía todas mientras hubiera un cigarrillo y un aguardiente para cruzar sus piernas y alterar el orden. No deja de ser apasionante su delirio sobre Fotocopia (un tal director de teatro), dando tremendas puntadas, entre aquel Taller de artes que contó con él por su versatilidad como artista y escritor, pero que prefería la esquizofrenia con bohemia a dar

pasos de Poder en el teatro del Absurdo, enredado entre las tablas. Claro que queda la duda por lo del escándalo mitomaniaco en el nadaísmo que siempre existió y se va con su muerte.

Fue el más nadaísta dadaísta y artista de los nadaístas, también el mejor cuentista, Fin del Nadaísmo. Por eso sería lo del suplante, lo que él advertía con sus textos inéditos que algo tenían... Para tan distinguido pensador anarquizado; ¿“el segundo” después del Profeta Arango? El más pluralista que contó con tantows amigos agrupados en otras disciplinas para llegar a ser el huidizo en la conversación genial. Estuvimos en el sepelio en una ceremonia casi pagana, conservando la mudez como homenaje y la risa cursi. Tengo entendido que Eduardo Escobar y Malmgren Restrepo con sus respectivas avaricias nunca lo invitaron a una cerveza aquí ni en Nueva York. Jota Mario era su Papa Pope pipa pero nada. Aleluya.

“Que tu recuerdo es el daño más fuerte que me hago yo misma/por vivir soñando/con tu regreso, arrepentido”. (Félix Reina). **UC**



Hoja Debida

Hoja Depiqa



Enrique Vargas

Archivo Banco de la Republica

Jaime Espinel

Conocí a Enrique Vargas, el actor, en Greenwich Village, el barrio bohemio de N.Y.C. por allá en 1967 cuando era un joven ya calvo prematuro de sombrerito coco a lo Magritte y saco largo a lo Tin-Tan. Enrique venía de Méjico de trabajar con Jodorovsky, Rulfo y Sabines y, aunque ambos vivíamos en las calles más fragorosas del manicomio más grande del mundo y todo lo gozábamos porque todo era nuestro, ninguno de los dos éramos “hippies” ¡qué tal eso entre hombres serios!

Un día se me apareció Enrique en el apartamento con su calva abierta en dos pedazos como una papaya sangrante. Al principio temí una confrontación con la ley porque esos años sesentas en Nueva York eran difíciles. Sin ser guerreros nos disfrazábamos y camuflábamos de guerreros para guerrear contra la guerra y, desde allá entre los rasca-cielos, nuestros corazones lloraban su luto reciente por Camilo Torres pero tableteaban al compás de las metralletas del Che y de Ho Chi Min cuyo apodo de guerra significa “el que alumbraba” mientras a nuestro lado, en los supermercados, en los cosmocentros o en el “The Figaro’s” o en “The Anex’s” —esas cantinas de “swingers”— almizclaban los peludos malolientes, se cimbreaban los cuerpos armados de los “Panteras Negras” retando abiertamente a la policía con sus escopetas de dos cañones a un duelo a muerte en los guettos y todavía resonaba, como en el valle de Josafat la trompeta de Louis Armstrong dice Jean Paul Sartre y digo yo que Bob Dylan se alzaba como la más alta voz de la poesía de lengua inglesa en el Siglo XX. Eran los años difíciles, los años del hedonismo y el combate, del café y el bourbon, las mujeres hermosas y mucho de lo que te dije en humo. Por eso temí que Enrique Vargas viniera de recibir su bautizo de fuego.

—Ojalá, me dijo. Lo que pasa es que la pareja que vive en el piso de arriba se puso a tirar de lo lindo y me tiraron encima un pedazo del techo.

Miré el cielorraso de mi propio apartamento situado a pocas cuerdas del suyo y sentí susto: también era de puro estuco contundente pero como yo no soy calvo...

Poco después reapareció Enrique Vargas en la carátula de la revista “Rampart’s” que se publicaba en San Francisco: en el fresco frasco del Frisco de Jack Kerouak mi tocayo, resonaba Enrique mientras Vargas actuaba en aquí en Níuyork.

Con su nadadito de perro, su sombrero coco a lo Magritte y su saco a lo Tin-Tan, Enrique Vargas reapareció como director de un grupo teatral compuesto por exdrogadictos, exconvictos, exprostitutas y exclérigos que invadían intempestivamente todos los espacios con sus pintas de delictos inmadurables. No hubo templo, calle, parque, almacén, universidad, supermercado o superalmacén por departamentos que escapara a sus fulgurantes y disociadoras apariciones. Se desplazaban por Nueva York como pedro por su caza con zeta cambiando de trenes y de escenarios con la movilidad y la rapidez de un verdadero comando militar.

Había nacido el hermoso por lo efímero “Teatro Guerrilla”: la nueva forma de representación que mediante una confrontación escénica directa con el espectador inocente y con los despreciables símbolos del poder del establecimiento alcanzó en Chicago su momento culminante cuando en un clímax letal, Vega, un fornido actor puertorriqueño integrante del grupo de Enrique con sus odios, desarmó y mató ante los espectadores callejeros y con su propia escopeta antimotines al policía que osó vejar a los actores y a su amante, una alcohólica rubia que envejecía con más rapidez que averigüelo Vargas y yo. El “Teatro Guerrilla” que se inventó mi amigo Enrique acababa de

torcerle el cuello al cisne del “happening” con una obra que había llevado la muerte real a la escena. En la remota historia del teatro, creo, es la primera vez que esto ocurre: la muerte como representación. Como quien dice que se joda el matatortolas y el degüellanucas del hermano de Raquel, Jodorovsky tal cual hombre Sófocles.

Poco después el fantasma de Enrique reapareció como un cometa con cola política. Ahora vivía y actuaba en el “Spanish Harlem” que cantaran “The Mammals and The Pappas” y me invitó a una de sus funciones como si nada bajo su marrulla hubiera.

Él y sus actores se habían apropiado de un semiderruido edificio contiguo a una iglesia cuasiabandonada de las que aquí en Níuyork pululan. Él y sus actores, después del oficio del pastor que visitaba el templo cada seis meses, abrieron un boquete en el muro medianero que comunicaba al viejo edificio con el templo y comenzaron a trabajar con su tesón de hormigas anarquistas.

Transformaron el presbiterio en escenario, la sacristía en camerinos, las naves en espacios para el público y a los asientos de los feligreses los pusieron a fungir de butacas. Durante cuatro meses trabajaron con intensidad en refacciones y en los montajes finales y, poco antes del regreso del pastor, abrieron su teatro a un público que de inmediato se identificó con ellos y con lo que representaban: el drama común, el hacinamiento y el despojo y el crimen, el amor fatal de la esquina, la policía, la droga, la religión, la guerra, el poder del estado en el guetto. Todo manejado con unas dosis de militancia y de imprudencia ideológicas, de desnudez frente al drama común de un vecindario que cuando el pastor volvió a predicar, los mismos fieles se encargaron de mandarlo al carajo y la iglesia pasó a ser “del barrio” porque definitivamente es mejor divertirse que rezar.

Poco después el fantasma político

de Enrique Vargas reapareció como una estela de fuego. Él y su grupo de actores comandaban ahora la “Operación Pa’lante” encaminada a evitar el desalojo violento de unos puertorriqueños que desde hacía muchos años habían invadido unos “slums” o tugurios en el “Spanish Harlem”; “slums” o tugurios cuyo dueño resultó ser la Universidad de Columbia, dueña también del templo y del teatro de la historia...

...como quien dice: Columbia’s University se le había puesto de pechitos a Enrique y Vargas ni corto ni perezoso se les coló con sus actores a un acto en el que los hombres más altos de América Latina eran egregios Borge Luis Jorges, Belaúnde Terry, Uslar Pietri, Vargas Llosa y hasta Germán Arciniegas quien impidió con otros como el padre Restrepo que se le diera el premio Nobel que Jean Paul Sartre, Thornton Wilder y Albert Camus con Simone de Beauvoir entre otros, en una carta pública manifestaron que se merecía Fernando González dada su contradictoria y límpida egoencia discutían apasionadamente sobre la literatura latinoamericana y su fantástico por lo fabuloso y amplio porvenir —algo insólito para Enrique que según él debía dilucidar en ese momento un problema concreto y coyuntural cual era el cómo enfrentar para impedir el desalojo violento de unos puertorriqueños combativos en las propias narices de sus escritores y prohombres.

Entonces Enrique presentó a gritos su propuesta para que los hombres más altos de América Latina en la Columbia’s University se pronunciaran con su sí o su no sobre el “inicio y violento desalojo” clamó Enrique. Ocho de los tal vez doce prohombres aceptaron la propuesta pero Borge Luis Jorges dijo tanteando los bordes de la enorme mesa del panel escoltada a lado y lado por dos enormes peanas de bronce.

—Nosotros vinimos a hablar de esa zorra inasible que es la literatura y los problemas vitales no nos son tan



Archivo Taller de los Sentidos

importantes pues son inmanentes e intemporales.

Sentí la furia de mi amigo Vargas ante lo lumínico de mi escritor Borges.

Enrique Vargas saltó entre el butacuario: como un Sansón alzó en vilo una de las pesadísimas ánforas y por unos escasos centímetros no decapitó a Borges pero sí alcanzó a hacer trizas la mesa del panel. Ese día supe o supuse que el ciego era Enrique y no Borges porque Vargas sólo tenía ojos para Lucy, una hermosa judía siempre tocada con una roja pañoleta y pequotas.

Con el correr del tiempo tanto mi amigo Enrique como yo volvimos a Colombia sin darnos cuenta y cada cual por su propio lado llegamos y nos vimos de nuevo en esta “coquita de plata” que como dice Luis González es hoy por hoy Medallo o Metrallín.

“Villa Rosa” se llama y todavía está ahí la casa que yo habitaba en Robledo con la gringa: la inolvidable Marcia madre de mis dos hijos. Ya no de los “Teen Agers” ni de los “Flippers” eran los temas sino que estábamos en los tiempos de Ana y Jaime y de Nelson Osorio Marín más cansoncito y guerrero que nunca. En el enorme galpón trasero de “Villa Rosa” en el que yo en mi negra Smith-Corona tecleaba mis cuentos volví a verlo.

Estábamos en mi casa que era la suya porque aquí dormía o allí ensayaba sus piezas pero no éramos distintos porque Enrique no había podido olvidar a Lucy: mi muchacha de la pañoleta, decía.

En el patio de la vieja casa lo veía ensayar: manejaba unos enormes muñecos con Judith, su novia del año 72, a los que malamente llamaba él “monicongos” y yo “bichiraquitos” pero que de repente se transformaban en esperpentos que eran más bien “mojigangas” y que a pesar todo o tal vez por lo enormes y feos él mantenía bajo control y lo animaba esa su enorme pasión del turguriano que defendía (¡Otra vez!) unos

baldíos para invadir, amaba a una mujer con almizcle de mugre y manteca y se había plantado muy en la tierra para evitar desde “La Perseverancia” y con un nuevo grupo de teatro inexplicable, el desalojo de los habitantes proletarios de las zonas orientales y marginales del Bogotá aquel que por encima de su cadáver quiso, inútil y fatalmente, hollarlos y humillarlo con la apertura de asfalto que sería la avenida de “Los Cerros”.

Con su nuevo grupo y sin traicionar sus anteriores preceptos que únicamente dolores de cabeza le habían dado, Enrique Vargas demostró que mediante el teatro y la acción política vital, hermosa y difícil por lo intrascionable, seguía siendo vigente en él, y en el ámbito confortable de esa mi casa en Robledo me parece que de nuevo siento un gesto de disgusto con asquitos viendo a Judith hablándome con su repugnante y salpicante boca llena y atarugada al desayuno y al almuerzo y a la comida y salpicando el mantel y hasta salpicándome a mí personalmente, algo inadmisiblemente, Enrique, creo que hasta le dije a Vargas.

Pero fueron él y sus actores quienes derrotaron con su trabajo de titiriteros y quienes durante años impidieron que los derrotara la ignominiosa avenida de circunvalar de “Los Cerros” que hace unos años partió en dos mitades para volverlas chicuca o cisquillo será, a “La Perseve” y al barrio Egipto.

Pasaron quizás quince años sin verlo hasta hoy cuando como si fuera un viejo ramalazo de su maestro Seki-Sanu me arrojó lava y lodo y sangre a la cara para demostrarme que a pesar de que no calzara sobre su calva una peluca roja como en su manual lo recomienda Carlos Marighella, vi en su “Sancocho de cola” una inesperada y solitaria y recogedora visión del teatro y de nuevo sentí y muy adentro el calor, la tibieza del esteta marginal hecho para aglutinar lo mejor, la quintaesen-

cia olvidada que de nosotros tenemos.

Cargado de poesía, supurando una soledad y un registro del viejo cuentero empezó a representar para mí solito y con las sábanas de su cama en el hotel EuPaCla y me contó en un arrugar y desarrugar con los dedos las sábanas de “El Reidor” de Boll y algunas otras historias en las que había metido las narices durante el tiempo que dejamos de vernos...

...me contó que cuando guerreaba contra apertura de la postema de cemento en que se convertiría la avenida de los Cerros en Bogotá porque partiría en dos, separándolos entre sí, al barrio Egipto, a la Perseverancia y a la Candelaria, barrios que desde Jiménez de Quesada habían hecho parte de la historia de la ciudad y después fueron arrasados por las demoliciones y que sólo por haberse opuesto a la apertura de tal avenida, un motivo nimio y trivial y casi pueril, lo habían encarcelado varias veces (in and out como una puerta de vaivén estuve, me dijo) y en uno de esos canazos refulgentes comprendió, como Ho-Chi-Min cuando se le cayó un diente en la cárcel, que a los hombres libres es imposible encerrarlos cuando carecen de todo. En uno de sus carcelazos concibió uno de los proyectos más hermosos que pueda imaginarse recluso alguno: el Sindicato de Guardianes Penitenciarios; una bomba tan detonante que la negación de su personería jurídica llegó tres veces a la Corte Suprema de Justicia. En realidad no se trataba, desde un punto de vista militar y político, de un simple sindicato sino de una fuerza de cinco mil hombres armados y encargados de vigilar a los condenados más peligrosos del país y fue tal la algarabía que formó el gobierno que el ministro de justicia de aquel entonces (Evaristo Sourdís, tal vez) convirtió de un plumazo a Enrique Vargas en el único colombiano que ni como reo ni como visitante puede ingresar a las cárceles del país. Entonces, tuvimos que seguir haciendo las reuniones del Sindicato en los furgones de las remisiones: los guardas, los presos y yo juntos, me dijo.

Así es mi amable amigo Enrique Vargas: el iconoclasta que nos devuelve la esencia de lo más inmediato y primitivo: la historia, el cuentero, el contador que prolonga en el tiempo las historias de fantasmas, de pueblos y de circos y de entierros y de fuegos fatuos que escucháramos siendo niños en labios de los tíos y en los gestos del primate. La historia sencilla que por sí misma adquiere una dimensión universal y estética a partir de la imagen y la palabra.

Como antenoche se había armado “El Reidor” de Boll estrujando con sus dedos las sábanas del hotel EuPaCla extendió Enrique Vargas una sábana en el escenario de La Fanfarria y empezó

a estrujarla y arrugarla con destreza y de la sábana emergieron montañas, brotaron manantiales que aflúan a un enorme río de papel celofán en cuyas orillas había casitas, vacas y perros, arbolitos, gente y jinetes que ante nuestros ojos y con ambas manos y la escena y el drama bien obvios, Enrique iba poniendo uno a uno los personajes en su sitio al penetrar en el drama o de pronto un minúsculo sol de papel amarillo asoleaba o una lluvia de aserrín mojaba el pueblito en un dos por tres metros y todos los actores, toda la escenografía y todas las casitas, las vacas, los trajes de los personajes, la utilería, el asombro y la belleza del baile, de la risa y la riña, del galope y el cacaraqueo, todo ese universo imaginado y resuelto cabía en una maleta de mano, casi un maletín que Enrique empaca y carga al hombro porque para mí es imposible sostener una troupe de actores porque cuando un actor llora siempre habrá otro que abre un paraguas, me insiste como si fuera un economista y no un actor que ha sido rey, papa, general, carcelero y reo, ama de casa, monja, cuatrero, tahúr, marica, vaca, caballo y que ladra, grazna, ulula o relincha si es del caso.

Al ordenar el caos de su pesebre, se me asemeja Enrique a una Santísima Trinidacita milagrosa que dirige e ilustra los destinos de los hombres y de las mujeres de paja y fantasía que habitan nuestro cosmos minúsculo mientras nos hiere con la delicada pero letal lezna de la representación antes de volver al hotel en el que anoche nos despedimos hasta el sol de hoy.

—Tienes que venir a mi casa. Vivo en un barrio de invasión (ay, Enrique, no más) al oriente de Bogotá y cómo te parece que cuando estaba construyendo mi casa de piedra y madera, vi a dos niños de cuatro o cinco años empujando una pesada piedra irregular colina arriba. Una vez en la cima, ambos niños se paraban delante de la piedra, la soltaban y empezaban a correr colina abajo delante de la piedra rodante que, dando tumbos, hubiera podido partirles en dos ambas cabezas como si fueran una papaya.

—Qué jueguito.

Me quedé mirándolo mucho más allá del afecto y del respeto con los que uno mira al auténtico amigo, recordé la historia del cielorraso en Nueva York y por un momento pensé: ¿Ahí seguís vos corriendo falda abajo delante de tu piedrita, no? Creí que habías cambiado y que ya no te conocía, Enrique inefable...

...porque para terminar me dijiste que, veinte años después como en las novelas de mosqueteros, no has podido olvidar a esa muchacha judía de pañoleta roja y que te irás con la troupe de actores entre tu maletín hasta Nueva York a buscarla.

¡Encuétralo, Lucy! UC

andrea
katic
kurk fisioterapeuta

Clínica Medellín El Poblado calle 7 n° 39 - 290 cons. 1301
tel. 352 47 35 cel. 310 413 73 15 andreakatic@une.net.co

Cigarrería
Girardot

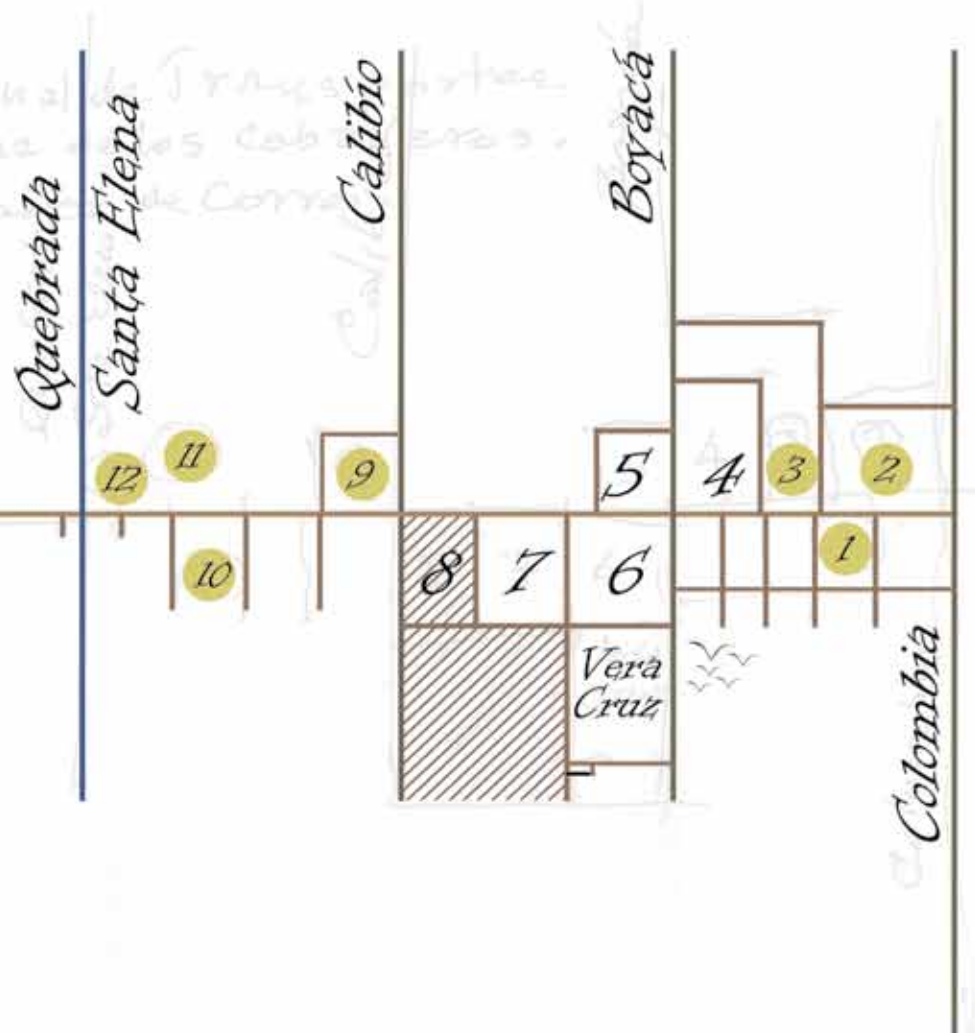
Cra 43 No 52-65
Tel: 2395180

UN MUSEO QUE FUE CORRAL DE CERDOS Y UNA IGLESIA BAÑADA EN AGUA DE COLONIA

- 1- Oficinas de Abogados
- 2- Droguerías Aliadas
- 3- Librería Bedout
- 4- Edificio de la Lotería Caldas
- 5- La librería del Negro Cano - Terminal de Transporte
- 6- Plazuela de la Ermita de la Veracruz de los Caballeros
- 7- Oficinas y vivienda del administrador de correos

Carabobo

- 8- La Casa de Moneda
- 9- Café Danubio Azul o del Capitán López
- 10- Porquerizas
- 11- Casas
- 12- El Puente de las Piza



BYRON WHITE

De la calle Colombia a Santa Elena por Carabobo, con nuestro arquitecto de historias Rafael Ortiz.

1- El costado occidental de Carabobo entre las calles Colombia y Boyacá estaba cubierto de esquina a esquina por casas pequeñas convertidas en oficinas de abogados; por la época del 9 de Abril fueron tumbaradas y se construyó el edificio de Suramericana en el centro de la manzana. Luego Suramericana hizo construir otro edificio en toda la esquina noroccidental del cruce con Colombia.

2- Al frente, es decir, al costado nororiental, estaban las dependencias de Droguerías Aliadas, reemplazadas luego por el Banco Industrial Colombiano.

3- La Librería Bedout ocupaba un lote en L, con salida a Boyacá. Sobre Carabobo, la librería y sobre Boyacá el almacén de música, pues eran agentes de la RCA Victor. Este edificio tiene en la fachada tres cabezas que, según dicen, representan las tres generaciones que hasta esos días llevaban los Bedout en Medellín.

4- Una de las más preciosas muestras de arquitectura art nouveau, el Edificio de la Lotería Caldas, único en Medellín, sin omitir el edificio de la Facultad de Agronomía que construyó Pedro Nel Gómez.

5- En la esquina nororiental del cruce con Boyacá quedaba un localito de tapias con techo de teja. Lo que podemos decir es que fue el centro de difusión

cultural más importante de los primeros 30 años del siglo XX en Medellín: la librería del Negro Cano.

El Negro era todo un personaje. En su librería funcionó, digamos, el primer Directorio Liberal, pero pese a ello los conservadores amantes de las letras no salían de allá; así que cuando los liberales querían reunirse para tratar algún tema de afán, concurrían a la librería, y los conservadores que estaban presentes se desplazaban al atrio de la Veracruz para dejarles tratar sus intimidades políticas.

Antes de establecerse el Negro Cano funcionó desde ese local, y con base a la plazuela de la Veracruz, el primer terminal de transporte que tuvo Medellín. Allí se parqueaban los coches y canoas que cubrían las distintas ventas de la ciudad y desde allí también funcionó la tranvía o sea el tranvía de mulas de los belgas, que circuló hasta más allá de Moravia, donde Amito tenía un a manera de siestadero para las familias, con caballos, baños, etc.

6- La Plazuela de la Ermita de la Veracruz de los Caballeros fue delimitada desde el primer intento por construir la iglesia, que se demoró hasta 1803 en ser terminada. Se recuerda su inauguración: fue bañada en agua de colonia y cubierta, literalmente, con pétalos de flores que trajeron en grandes cantidades de Santa Elena.

7- Daba al frente, por el otro costado a la plazuela, la casa donde residía el administrador de correos, posteriormente anexada, en gran parte, a la Casa de Moneda.

8- La Casa de Moneda. Una buena porción de ella sería luego la residencia propia del Museo de Antioquia.

9- Un lugar tradicional de la bohemia de 1920 a 1930, fue el Café Danubio Azul o del Capitán López. Allí se conseguían los músicos, los fiambres y hasta las prostitutas para un paseo o una fiesta.

10- Por el puente, toda la cuadra la conformaban pequeñas casas que habitaba gente pobre. Habían sido construidas en lo que anteriormente, en tiempos de los españoles, era el mercado de los cerdos, y posteriormente unas porquerizas; hoy es el Museo de Antioquia pero con representación de Palacio Municipal.

11- Por el frente del Café Danubio Azul hubo unas casas de mala muerte que se resistieron a desaparecer hasta cuando se hizo la Plaza Botero.

12- El Puente de las Piza, sobre la quebrada Santa Elena, fue construido en adobe con losa de concreto, y los parapetos o barandas en adobe revestido de hojalata. Cubría un baño muy famoso, por esas épocas bastante limpio. UC



Estilario

Raúl Trujillo

(Desde Buenos Aires, exclusivo para UC)

Es difícil hablar de estilo cuando alguien considera el propio casi un disfraz. Un antifaz de espejos invulnerables que conserva en las sombras a su dueño —y repelente sólo refleja al propio espectador—, que deformado y listo para un cómic cubre el rostro. Lo poco que de él se puede ver, ya que un gran sombrero tejido con foulard multicolor hace su parte.

Así y con esa lógica pareciera jugar Nelson con su estilo tan primaveral y vital como tan desteñido y añejo.

El camel es considerado uno de los tres o cuatro colores más tradicionalmente sofisticado y fácil de llevar. Para nosotros, la piel trigueña lo convierte en un juego de casi desnudez y muchos lo evitan para no quedar “de fondo entero”. Para Nelson es el soporte sobre el que se lucen todos los jardines tropicales del planeta en estampa, como postales de un viaje imaginario por la tierra de florestas doradas de la isla de la fantasía del Sr. Roarke. En la serie de principios de los 80, el elegante Ricardo Montalbán —otro de los grandes bleff sobre el amante latino ya maduro— con un ademán similar saludaba a sus invitados mientras explicaba a Tattoo sus fantasías.

Las fantasías de Nelson parecen más ligadas a la gloriosa década de los 70 con el boom comercial y mediático del flower power posthipismo de los 60, más la emergencia de la precaria cultura ltnmrcn (latinoamericana, como la escribía Puig) que hervía de fiebre en NY, adobada con porro en ritmo salsa de anfetanas a base de coca, cuero y timbal.

¡Qué viva la música! Y como drogadicta fue enterrada por los conservadores la naciente contracultura colombiana, que miraba más allá del hegemónico frente nacional capitalista, consumista y burgués.

Qué viva la música en la versión del rockstar latino que encuentra en la muerte la fuente de la eterna juventud. Celebremos la reedición de la obra del eterno joven Caicedo para que circulen otras versiones de memoria que expandan el horizonte como en el caribe tropical.

Para reventar baldosa están “mandados a hacer” estos hermosos mocasines blancos, Woww... Miami... ¡Viceeeeeeee!

Miami Vice, la célebre serie que popularizó la estética narco-DEA de trajes sobre camisetas en tonos pastel y mocasines coordinados con las correas, que se impuso en los 80 hasta convertirse en reconocible marca. Lo único que no llevaron los agentes antinarcóticos que todo lo podían, fue el sombrero tejido insignia narcocorrido sobre los lentes antifaz.

Y como rótulo o marbete bien claro se lee FLORIDA, en la bolsa de turista souvenir de Clear Watter, americana y senil. El estado de La Florida resultó ser la tierra de la eterna juventud que obsesionó al explorador Ponce de León (1513) y lo llevó de Puerto Rico a los Everglades. Ahora miles de europeos cabeza blanca ya mayorcitos, siguen los pasos de los abuelos gringos y optan por una membresía permanente en un Senior's Club tipo cocoon, donde esperan tibios que no se los lleve u na tormenta tropical. ☞

Nelson Moraes es promotor cultural del fantástico y fastuoso mundo del espectáculo. En 1981 organizó una memorable gira de La Fania All Stars por los estadios de Colombia.

CRUCIgramito

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
1										
2										
3					■					
4							■			
5					■					
6		■				■				
7				■				■		
8			■			■			■	
9										
10					■					

HORIZONTALES:

1. Protegida con algo de parásito.
2. Vaya o venga, un solo rechinar de dientes (inv.)
3. Chicle para los ojos. // Para pestañear de lo lindo (inv.)
4. No le pone aptitud. // Iniciales (al estilo lista de colegio) del autor de célebre radiografía de un dictador.
5. Donaré. // Porción de tripa (inv.).
6. Hoy no es (inv.) // Juego de argollas (inv.)
7. Iniciales del primero en voliar el trapo rojo. // Aparato comunicador apocopado. // Preposición (inv.)
8. De entrada difícil. // Nota. // Apostar.
9. Lo que se pone sobre el difunto, a eso se refieren (inv.).
10. Se da enamorado (inv.). // Dan la hora (inv.).

VERTICALES:

1. De una pieza.
2. Ring. // Excelente al revés.
3. Conservadoras. // Lengua vencida (inv.).
4. Eché con fuerza (inv.). // Cantidad en que vienen las gracias.
5. Preposición y pronombre imbricados. // Muy antaño realicé (inv.).
6. El hombre con atributos. // Ganador.
7. Avestruzoide (inv.). // Caliza.
8. Penetra (inv.). // Título (inv.).
9. Esquivan. // Con Yí fue un emperador irremplazable.
10. Muchos se han atrevido a serlo y Fernando Vallejo lo va siendo.

La Boa
cantina
constrictor

Calle Maracaibo #43- 59 | tel: 239 35 80
laboacantina@gmail.com
www.facebook.com/cantinaconstrictor

nterservicios@interservicios.com.co

Somos una organización cooperativa, conformada por tres Unidades Estratégicas de Negocios, con cobertura a nivel nacional e internacional.

- Unidad Estratégica de Servicios Administrativos - UESA
- Unidad Estratégica de Servicios de Ingeniería - UESI
- Unidad Estratégica de Servicios de Transporte Especial - UEST

Dirección:
Carrera 46 # 52-36 Piso 6
edificio Vicente Uribe Rendón
Teléfono: 576 18 00
Fax: 510 40 00



Microficción periodística: delicado manjar de 1.100 caracteres con espacios, en el que sobre una sencilla base noticiosa se levanta todo el sabor de la vida cotidiana.

VIAJA EN METRO CON PLUMA EN LA MANO

Medellín (A-Pin). Esta mañana, el docente universitario Darío Osorio, de 43 años, viajó en Metro con una pluma de pavo real de unos 65 centímetros en su mano derecha. El recorrido inició en la estación San Antonio, en el centro de la ciudad, y terminó en la estación Floresta, en el centrocidente. “La pluma es para mi señora madre; ella está en un taller de manualidades donde les enseñan a hacer adornos y pequeñas instalaciones decorativas”, explicó Osorio, quien también llevaba una bolsita blanca con un vástago de trébol. “No sé la verdad de qué se trata lo que van a hacer en el taller, pero también pidió girasoles”, añadió el profesor. Carlos Garcés, policía auxiliar encargado de vigilar el Metro, indicó: “Está prohibido viajar con animales... Pero con plumas no hay ningún problema”, aseguró. Testigos le confirmaron a A-Pin que Osorio mantuvo la pluma y el gajo de trébol en su mano derecha durante todo el trayecto: “La pluma está un poco opaca, me costó tres mil pesos en La Minorista... La próxima la compro con los colores verde y azul más vivos”, concluyó, con el cuerpo de frente a una de las puertas del vagón.

PROFESOR SE VUELA DE CLASE

Medellín (A-Pin). Luego de invitar a sus alumnos a conformar grupos de cuatro para escoger los temas de sus exposiciones sobre ‘Sistemas alternativos’, el profesor Manuel Pulgarín, de 62 años, se escapó del salón sin que nadie se diera cuenta. “Había dado la mitad de la clase cuando nos dijo que nos reuniéramos para definir qué íbamos a exponer”, relató Lorena Sierra, estudiante del instituto Lecomputo, con sede en el centro de la ciudad. Camilo Brito, otro estudiante, declaró que cuando terminaron las discusiones grupales, “La pulga” (remoquete cariñoso que le tienen sus alumnos a Pulgarín) no estaba por ningún lado: “Quién sabe en qué momento se fue o si nos puso en esas precisamente pa’ volarse”. A-Pin solicitó una descripción del docente para emprender su búsqueda y obtener su testimonio. “Es bajito, gordito, cachetón, de pelo blanco y gafitas”, puntualizó Daniel Úsuga. Después de buscar en cafeterías y salones, este reportero recorrió la carrera El Palo entre Boyacá y Ayacucho, pero no logró localizarlo. Los estudiantes esperan que en la próxima sesión Pulgarín les dé una explicación convincente.

LE METEN CRIOLLITA POR SCHNAUZER MACHO

Medellín (A-Pin). Esta semana, la señora Cleofe Gómez descubrió que el perrito de raza schnauzer que le vendieron hace un mes en la Plaza Minorista por 150 mil pesos no era ni macho ni schnauzer. La mujer le contó a este diario que se dio cuenta de la situación gracias a su empleada doméstica: “Otilia llegó y me dijo dizque “doña, a Maximiliano como que le van tener que poner Maximiliana”, ante lo cual procedió a una inspección ocular y descubrió que, en efecto, el animal no tenía pene ni testículos: “¡Me dio una rabia! ¡Se lo quería regalar a un sobrino que le robaron un machito lo más de fino!”. Según se supo, la señora solicitó el concepto de su hermano Flavio, “experto en asuntos caninos y felinos”, quien le dio la mala noticia de que “Maxi” no sólo no era macho sino que no era de raza fina: “No, hija, a usted le metieron fue una chanda por ponerse de ahorrativa”, le dijo. A-Pin supo que la mujer entró en cólera y salió para La Minorista en busca de los timadores, pero tras media hora de búsqueda regresó a su casa, acongojada: “Me va a tocar regalársela así criollita, de todos modos estos perros son agradecidos...”.

Amigo lector:

Agencia Pinocho es un proyecto editorial concentrado en la fusión creativa del periodismo y la literatura. “El diario de lo que no es noticia” es una publicación virtual que pretende contar todo eso que de tanto ver no vemos y de tanto oír no oímos: lo que está ahí, a la mano, con aire de vida cotidiana. Visítala y proba los Poemas informativos, Cuentos sin ficción, Columnas de opinión, Fotonoticias, Notas de T.V., y otros brebajes que no suelen hacer parte del tradicional menú diario. Bienvenido al “Ya lo sabe: AgenciaPinocho.com”

EN EL 'ESLA' PERDÍ A GABRIELA



Mauricio López Rueda

En una noche cargada de luna blanca, una luna colgada de un cielo oscuro y tan blanca, que parecía ser el terrible ojo de un ciego... En esa noche láctea, ay Dios, conocí a Gabriela...

Recuerdo que era sábado y que en mi mente andaban trabados múltiples pensamientos, de pronto, un revoltoso guaguancó de Gilberto Cruz (Resignación) hizo temblar los parlantes del bar y mis pies se fueron despegando del piso y empezaron a golpear suavemente el pegajoso embaldosado gris. Me levanté de mi silla, todavía con una cerveza en la mano, y me fui hasta una mesa repleta de "mango bajito". Quería

sandunguear, "soltar los caballos", y escogí a una negra de caderas sabrosas para saborear la pista. La negra me hizo dar vueltas, me tiraba y me traía. Yo era feliz nadando en ese mar de trompetas y tambores isleños, pensando en un retozón debajo de las estrellas, sin más compañía que Joe Cuba, sin más abrigo que el vientre de esa negra sandunguera y recia, pero la canción se terminó y tuve que cancelar mi primer arrebato en la tibia noche de sábado por la noche. Volví pues a mi "chela" fría, a mi "tripita" de cebada y alcohol, el mejor energético pa' menear el esqueleto.

Dejé que pasaran canciones, evité sonos y salmueras románticas. Evité la

"leche en polvo" y el "hechizo de media luna", luego me tiré al baldoseo con Margie de Ray Barreto, esta vez con una blanquita francesa que no sabía mover los hombros. Con ella también me inventé un final feliz, quizás entre sábanas, en un apartamento pequeño y con buen olor, escuchando Pink Floyd y Velvet Underground hasta la muerte de la última hora de la madrugada. Le arrimé mi aliento y saboreé el palpitar de su pecho con mis manos flacas; le repasé la espalda con mi dedo anular y ella me miró con ojos de miel brillante. Pude haberle robado el color rosado de sus mejillas pero Tito Puente soltó a Patato Valdés con el Stick on Bongo. La nena se escurrió dulcemente de mis manos de lobo y fue a sentarse junto a la negra de las caderas sabrosas. Yo me quedé petrificado, sintiendo como se erguía la hombría dentro de mis pantalones. "Sabés qué flaca, dame media de ron y una botella de soda", le dije a la mesera, ella me hizo una mueca salpicada de malicia y luego desapareció en el tumulto. Después de Patato cayó Rubén Blades con el "Padre Antonio y su monaguillo Andrés".

A mí se me hizo muy chafa la mezcla de timbales ketaminosos con la suavidad eclesiástica de los xilófonos de los Seis del Solar, pero ya estaba muy cogido de la electricidad de la música como para no dejarme sobornar de las estrellas. Los dos primeros tragos de ron me sacaron una sonrisa de pendejo.

Iban pasando las horas, mis ojos, cada vez más rojos, se plantaron en una línea recta que daba a la puerta de madera del Eslabón. Allá, como una muñeca luminosa, estaba Gabriela, cambiando el aire de sus pulmones por el humo de un cigarrillo húmedo.

Yo la esperé atado a mi silla metálica, la detallé línea por línea, hasta que la tuve en frente y comencé a temblar como perro callejero. Ella no dijo nada, o eso creo, tan sólo alzó esos ojos de pantera rabiosa y se sentó a mi lado. Pidió una copa y un vaso con agua, bebió de mi botella sin preguntar. Luego, tras el amargo trago, me cogió de la mano y me tiró a la pista, "vamos a bailar", dijo, y me apretó contra su cintura. Me dejé dominar por ese cuerpo cálido y me emborraché con el suave olor de su cabello.

El tornamesa gorjeaba una dulzura de Roberto Roena y Gabriela y yo nos fuimos envolviendo en un solo sudor al ritmo de la voz de Poncho Sánchez. Casi ni escuchaba la música, encantado que estaba con el vaivén pélvico de 'Gabi'. Parecíamos en otro espacio, suspensos en otro aire. Yo me imaginé que era Laurent Wolf el que sonaba... o quizás Debussy, y que en vez del Eslabón, estábamos, ella y yo, en medio de una iluminada llanura cercada por robles y cedros.

Pero la salsa me trajo de vuelta a la realidad, ese sonido de tambores y de trompetas me rebotó de nuevo hasta la barra, donde ya no estaban las nalgas duras de Gabriela.

La media de ron iba por la mitad. Yo estaba medio loco, medio aturdido, pero feliz.

A Gabriela no la vi más esa noche, no la vi más ninguna noche, pero al Eslabón volví siempre, me sedujo el bar, el aliento a alcohol petrificado de Carelo y John, el bozo mejicano de Palomino y las banderas del Medellín que se dejan correr silenciosamente por la brisa, pendidas de las vigas de madera añeja que sostienen el largo techo del bar. **UC**

Desde hace años se ha creído que la evidencia negra de la lucha contra las drogas lograría vencer a la audiencia gringa y a su gobierno de que la pelea no tiene sentido. Los muertos que se arruman en Ciudad Juárez, la ronda eterna de capos, el cardumen permanente de semisumergibles hacia las costas prometedoras, las desilusiones del Plan Colombia, la estabilidad del mercado interno en las calles de Nueva York o Los Ángeles. Los argumentos no están solo en la crónica roja de los periódicos de El Paso o en la evidencia de una incipiente burguesía narca en Venezuela. Los han repetido millonarios con mollera como George Soros y ex-presidentes que en su tiempo dieron la batalla perdida como Cesar Gaviria o Ernesto Cedillo. Nada de eso ha servido. La guerra contra las drogas sigue siendo un imperativo de la política norteamericana.

Pero las lecciones útiles aparecen por donde menos se espera. El estado de California, séptima economía del mundo, reino de Hollywood, meca de Silicon Valley, cuna de los vinos del Napa, se apresta a votar en noviembre un referendo para legalizar la posesión, el cultivo y el consumo de marihuana. Un grupo de promotores, médicos y millonarios activistas a favor del moño, lograron reunir 433.971 firmas para someter a aprobación popular la Cannabis Act. De aprobarse se establecería un límite legal para el porte de 28 gramos por persona y 2,3 metros cuadrados por "parcela verde". Para los mayores de 21 años la bolsita de marihuana pasaría a ser un paquete de estancillo corriente. Desde 1975 la posesión de una onza (28 gramos) o menos de marihuana es un delito menor en California. Los legisladores estatales que apoyan la propuesta han encontrado un argumento irrefutable: según los cálculos el comercio legal de la hierba dejaría 1.300 millones de dólares al año en impuestos para un Estado con problemas fiscales. La cifra ha hecho pensar a más de uno de los antiguos bulldogs antidrogas. Michael Hennessey, sheriff de San Francisco, es uno de los nuevos apoyos para legalizar el proveedor de 10 barillitos. Según las pistas que entrega su

Marihuana Golden...Gate



apellido es posible que disfrute el humo acompañado de un buen coñac. Un lujo de sheriff.

En una encuesta realizada hace un año el 56% de los consultados dijo estar de acuerdo con legalizar el uso social de la marihuana y gravar las ventas. El gobierno de Obama se ha mostrado de acuerdo con los usos médicos pero dice que no se puede convertir la droga en un "bien de consumo". Los críticos ya le han respondido que la ilegalidad no saca los bienes del mercado. Stephen Gutwillig, director de la ONG californiana pro legalización Drug Policy Alliance, lo ha dicho muy claro: "La prohibición de la marihuana ha sido un desastre, alimenta la economía sumergida, gasta miles de millones de los escasos recursos públicos y hace criminales de innumerables y honrados ciudadanos".

Si California se convirtiera en una gran Ámsterdam al interior de Estados Unidos, tiene 36 millones de habitantes, es posible que su ejemplo diera una interesante lección al fundamentalismo antidrogas. Tal vez la sociedad norteamericana entienda mejor por medio de una experiencia exitosa de regulación, impuestos y orden administrativo que mirando con horror las noticias de Tijuana. Al fin y al cabo, siempre resulta más revelador un buen plon que dos pitazos paranoicos. **UC**

Una nueva ciudad que, con el nombre de Las Casas (en honor de este héroe de la filantropía), se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía-honda. Posee un clima puro y saludable, un territorio tan propio para la agricultura como para la cría de ganados, y una grande abundancia de maderas de construcción. Los salvajes que la habitan serian civilizados, y nuestras posesiones se aumentarían en la adquisición de la Goajira. Esta nación se llamaría Colombia.

Carta de Jamaica - Simón Bolívar

Kingston, septiembre 6 de 1815



Ayudas Ortopédicas, Ortesis y Prótesis

Doctor Juan Pablo Valderrama
Prado Centro Carrera 50A No. 63-41
Conmutador: 444 19 29
contacto@orthopraxis
Medellín-Colombia
www.orthopraxis.com.co

Siente ^{tu} Área

*Entre todos
lo podemos
volver a inflar...*



Área Sostenible
Gestión ambiental metropolitana

Date un aire ¡Rompe hábitos!

Area 30
METROPOLITANA
Valle de Aburrá
AÑOS
1980
2010